

Mié
7
Nov
2018

Evangelio del día

[Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

Hoy celebramos: **Todos los Santos de la Orden de Predicadores (7 de Noviembre)**

“El que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 2, 12-18

Queridos hermanos, ya que siempre habéis obedecido, no solo cuando yo estaba presente, sino mucho más ahora en mi ausencia, trabajad por vuestra salvación con temor y temblor, porque es Dios quien activa en vosotros el querer y el obrar para realizar su designio de amor.

Cualquier cosa que hagáis sea sin protestas ni discusiones, así seréis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin tacha, en medio de una generación perversa y depravada, entre la cual brilláis como lumbres del mundo, manteniendo firme la palabra de la vida. Así, en el Día de Cristo, esa será mi gloria, porque mis trabajos no fueron inútiles ni mis fatigas tampoco. Y si mi sangre se ha de derramar, rociando el sacrificio litúrgico que es vuestra fe, yo estoy alegre y me asocio a vuestra alegría; por vuestra parte estad alegres y alegraos conmigo.

Salmo de hoy

Salmo 26, 1. 4. 13-14 R/. El Señor es mi luz y mi salvación

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar? R/.

Una cosa pido al Señor,
eso buscaré:
habitar en la casa del Señor
por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor,
contemplando su templo. R/.

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 14, 25-33

En aquel tiempo, mucha gente acompañaba a Jesús; él se volvió y les dijo:

«Si alguno viene a mí y no pospone a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío.

Quien no carga con su cruz y viene en pos de mí, no puede ser discípulo mío.

Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla? No sea que, si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran, diciendo: “Este hombre empezó a construir y no pudo acabar”.

¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que lo ataca con veinte mil?

Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz.

Así pues, todo aquel de entre vosotros que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío».

Reflexión del Evangelio de hoy

Cualquier cosa que hagáis sea sin protestas ni discusiones

Seguramente necesitamos los consejos de Pablo, igual que lo necesitaron los cristianos de Filipo. Es posible que nos esforcemos por vivir un cristianismo de normas y ritos, cerrando el paso a lo espontáneo, a lo que Dios nos trata de decir en cada momento.

Nos resulta difícil entender que Dios es quien nos empuja al cumplimiento del deber. Un deber que está limitado al amor a los hermanos. Solo eso y nada más que eso. A Dios no le dicen nada nuestros complicados reglamentos que nada nos facilitan en nuestra relación con el hermano y muchas veces la entorpecen. Dejemos de discutir tratando de imponer las propias opiniones y escuchemos las de los demás que contienen también parte de la Verdad.

El que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío

Hoy es un día hermoso en la Orden de Predicadores. Hoy celebramos y recordamos a todos los Santos de la Orden; a todos, no solamente a los canonizados oficialmente.

Hoy recordamos a aquellos hermanos nuestros que hicieron de su vida una ofrenda total a Dios, que supieron hacer de la propia donación un acto importante y absoluto de entrega al servicio del Evangelio. Hombres y mujeres que supieron renunciar a todos sus bienes para poder servir sin trabas a Jesús, sin reservarse nada para sí, entregando hasta la vida, si fue necesario, en defensa del pobre.

Leemos en el Evangelio de hoy que acompañaba a Jesús mucha gente. Sigue habiendo mucha gente hoy acompañando a Jesús. Vamos con Él esperando beneficios. Igual a como hicieron los Apóstoles hasta después de la experiencia pascual, queremos subir los escalones necesarios para quedar por encima de los demás, para que nuestra voz sea escuchada en silencio, reverentemente, porque no hemos sabido renunciar a nuestras propiedades para poder servir a Dios en el próximo desde la pobreza. Como los Zebedeos queremos un puesto importante en el reino, queremos estar sentados a la derecha o a la izquierda del trono de Dios. Pero cuando la multitud se entera de que hay que sufrir, de que no todo son beneficios humanos, abandonan el seguimiento y solo quedan con Jesús doce, y uno de ellos le va a vender.

¿Y nosotros que hacemos? Puede que hayamos renunciado a todas nuestras posesiones, que hayamos dejado de lado nuestras seguridades económicas, pero nos falta despojarnos de nuestro deseo de poseer a Cristo. Nos falta renunciar a nuestro propio yo para empezar a ser reflejo de Jesús. Hay en nuestro interior una pequeña celda oscura, sin ventanas, donde nos queda guardada una parte de nuestro tesoro, y mientras no sepamos vaciar y ventilar esta celda, nuestro seguimiento al Maestro será incompleto y seguramente inútil.

Esto lo vieron todos los Santos que en la historia han sido, son y serán. Fue llegar a ese nivel de perfección lo que les regaló la santidad de que gozan en el Reino de Dios.

Miremos a nuestros santos y santas no para pedirles recomendaciones, enchufes, ante Dios, sino para que podamos llegar a entender cómo fue su entrega, cómo fue su laborar por el Evangelio y, sirviéndonos de su ejemplo, alcanzar el gran premio de poder servir a la construcción del Reino de Dios en la tierra, porque, como hemos cantado en el Salmo, esperamos gozar de la dicha del Señor en el país de la vida.



D. Félix García O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Viveiro (Lugo)

Todos los Santos de la Orden de Predicadores

En la fiesta de hoy, instituida por el papa Clemente X en 1647, recordamos con amor "a los miembros de la Familia Dominicana que nos han precedido, dándonos ejemplo con su vida, compañía con su amistad y ayuda con su intercesión" para que "nos sintamos animados a imitarlos y se afirme el espíritu de nuestra vocación (LCO 16; 67; LCM 16; 92).

Os ofrecemos una de las lecturas del Oficio de la Orden de Predicadores:

De una Carta del beato Benedicto XI, papa, a sus hermanos de la Orden reunidos en capítulo general en Tolosa

(Roma, 10 de marzo de 1304: BOP 11, Romae 1730, pp. 93.94)

Los sarmientos de Cristo iluminan a todos con los testimonios evangélicos

La inefable providencia del Creador para exaltar la gloria de su nombre y procurar la salvación de los fieles en los últimos tiempos hizo brotar en el jardín delicioso de la Iglesia entre sus hermosas y fecundas plantas la preclara Orden de los Predicadores como árbol de vida que, regado con la bendición de la lluvia celestial, desde sus primeros momentos ha crecido maravillosamente. Por obra de la gracia divina este árbol se ha elevado hacia lo alto y se ha extendido a lo largo y ancho de tal modo que con su altura llegó hasta los cielos y con sus ramas llegó hasta los confines del orbe terrestre.

Como excelentes sarmientos unidos a la vid que es Cristo, son aquellos frailes de la Orden de santo Domingo, que libres de las superfluidades terrenas y prendidos del peso de las riquezas, se negaron saludablemente a sí mismos y abrazados a la pobreza y profesando la vida regular, llevaron hermosas flores de honor y vida santa y frutos copiosos al banquete del Rey celestial.

Estos son de modo tan excelente ministros elegidos de Cristo, resplandecientes por su ejemplar vida religiosa y esclarecidos por su santidad de vida, que se debe reconocer fueron puestos por la sabiduría divina como luz de las naciones y como astros en el firmamento de la Iglesia, o como lámparas encendidas en la casa de Dios, que iluminan a todos con las enseñanzas evangélicas e indican con sus rayos a los hombres el camino de la vida.

Estos son insignes guerreros que luchando con el escudo de la fe, con la espada del espíritu y con las armas de la justicia, (Ef 6, 17) se han esforzado en conseguir que se acrecienten las virtudes en todos los católicos, se manifieste el camino de la salvación a los pecadores y sea destruida la locura de la deformidad herética.

Considerad por tanto, carísimos, y recápacitad atentamente sobre estos solidísimos fundamentos de nuestra Orden, en estos guías insignes, valerosos soldados e infatigables luchadores, de modo especial en muchos de ellos que están en la patria celestial y que han sido ya incluidos solemnemente en el número de los santos y son ya comensales de la mesa celeste y ciudadanos seguros de la patria eterna. Por ello, como hijos tuyos auténticos, debéis ser sus fieles imitadores y caminar tras las seguras huellas que os han dejado tan ilustres y tan firmes ejemplos de una vida ordenada y religiosa. Debéis también conservar inmaculada esta Orden, que tiene en si misma el ornato de una perfecta belleza, pues por la generosidad de Dios y de la Sede Apostólica ha sido enriquecida de tantas gracias, ensalzada con tantos dones y reafirmada con tantos privilegios.

Pero dado que las tendencias del hombre son propensas al mal, procurad con todo empeño fomentar en vosotros el fervor de la religión, el celo por la justicia y la rectitud del juicio para que se mantenga vigorosa la disciplina de la corrección que desarraigue los vicios.

Procurad que en vuestras costumbres resplandezca la humildad hermosa, aumente la devoción piadosa, agrade la obediencia santa y persevere paciencia verdadera. Sed unánimes en el obrar concordes en la caridad, tranquilos en la paz, y haced con gran orden todo lo que exige la vida regular, estando en orden con Dios y con los hombres, de modo que estéis a salvo de todo mal espiritual y defendidos del astuto enemigo que ataca especialmente en la inactividad del ocio. Estad dedicados siempre al estudio de la sagrada doctrina, por la que conseguís tan gran mérito y honor; atended a la predicación frecuente y a oír confesiones y ya que habéis sido destinados especialmente a esa misión, dedicaos a ella con diligencia y gran solicitud. Así pues, ocupad vuestra vida en todo lo dicho y en otras cosas honestas o lícitas para que lo ilícito no pueda tener lugar en vosotros; vivid anclados totalmente en el autor de vuestra salvación, (Hb 2, 10) de vuestra esperanza y de vuestro consuelo. En fin, mostrad a los prelados de vuestras iglesias tan grande reverencia y honor que podáis obtener con razón su favor y benevolencia.

De esta forma podréis ser de provecho para vosotros mismos mediante los méritos de vuestra vida y para los demás mediante el ejemplo. Así, esparciendo con trabajo vuestra semilla, llevaréis con alegría densas gavillas a la era celestial; de este modo conseguiréis para vosotros y para los demás el premio debido a la santidad, la gloria de la claridad eterna.